

Pilar Bonet

Náufragos del imperio

Apuntes fronterizos



Galaxia Gutenberg

PILAR BONET

Náufragos del imperio

Apuntes fronterizos

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2023

© Pilar Bonet, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12665-2023
ISBN: 978-84-19392-30-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Margarita, mi hermana

Índice

Introducción	II
Criterios de transcripción de topónimos y nombres propios.	13
Mapa	15
Mariúpol.	17
De la seducción a la guerra	27
De la seducción al chantaje (2004-2014)	27
Del chantaje a la guerra (2014-2022)	34
Derribando a Lenin (Kiev, Járkov, Donetsk)	51
Apuntes de Crimea	67
La anexión	67
La otra conferencia de Yalta	102
Entre dos mundos	111
La sonrisa	129
Nuestro cónsul en Yalta.	133
No es su guerra	141
Apuntes del Donbás	153
Gentes recias	153
Marginales al asalto del poder.	162
Guerra y vida	195
Aleksandr Zajárchenko	219
Las vidas de Izolyatsia.	231
La fábrica	231
El centro cultural.	232
El campo de concentración	236
Kiev	238
Soledar: retorno al este	238

El gran exilio	240
La profesora de ucraniano	241
Cronología orientativa	259
Agradecimientos	273

Introducción

Este es un libro de fragmentos escritos con la intención de encajarlos en un puzle todavía inacabado. Son relatos, perfiles, sucesos y reflexiones que giran en torno a las relaciones entre las gentes de Rusia, un país que se niega a dejar de ser un imperio, y las de otro, Ucrania, que defiende su libertad y busca su lugar propio en Europa. Este libro trata también sobre los vínculos de ambos Estados con el pasado y con la Unión Soviética, que fue su casa común antes de que emprendieran cada uno su camino.

Este no es un manual de historia ni un ensayo sistemático sobre la alta política, ni tampoco un libro de cuentos, sino una suma de momentos reales que tal vez puedan arrojar alguna pista sobre los procesos que culminaron con la invasión rusa de Ucrania en 2022.

En nuestro continente dos países eslavos vecinos luchan entre sí; uno por restablecer una identidad idealizada y el otro por forjar su identidad del futuro. Su pugna afecta a toda Europa y está en el origen de la guerra. Ninguno de los agravios acumulados entre Rusia, por un lado, y Ucrania y los países occidentales que la apoyan, por otro, justifica ese implacable ataque. Este libro trata sobre todo de ofrecer datos para comprender cómo se llegó hasta esta tragedia que ha costado la vida a centenares de miles de personas.

Con la anexión de Crimea y el apoyo a los secesionistas del este de Ucrania, Rusia rompió con el sistema de relaciones internacionales sobre el que había basado casi un cuarto de siglo de su historia postsoviética. En 2014 el tiempo se dividió en un antes y un después. Los textos que siguen a continuación se refieren a aquel año y a los años posteriores, con excepción de un capítulo («De la seducción a la guerra»), que cubre un periodo más amplio y que consideré necesario para enmarcar las experiencias narradas.

En todos estos textos sobre gentes, espacios y sucesos he tratado de reflejar una realidad dinámica que se prolonga hasta hoy. No son estampas aisladas, sino cristales de un calidoscopio o, dicho de modo doméstico, retales de tela destinados a unirse en una sola prenda. Puede que solo tenga algunas pequeñas piezas del puzle, pero todas ellas son vividas.

Mi visión es periférica y fronteriza y no se centra en la evolución interna de Ucrania o de Rusia como países, sino en encuentros y desencuentros humanos en el contexto histórico dado.

Estos textos han sido redactados desde el periodismo, pero son también reflexiones y apuntes particulares anotados a vuelapluma mientras viajaba. Algunas de esas reflexiones se confirmaron con el tiempo; otras, no. Escribí desde mi propia experiencia sobre personajes con los que traté, situaciones que viví y acontecimientos que acaecieron en una de las varias épocas por las que pasé, a lo largo de 34 años como corresponsal del diario *El País*, en los espacios soviéticos y postsoviéticos.

Para este libro me he valido de mis cuadernos de trabajo, de mis diarios de viaje y también de materiales inéditos acumulados, entre ellos entrevistas y conversaciones, muchas veces confidenciales, que por mi vertiginoso ritmo de trabajo no alcanzaba a publicar o no estaba autorizada a hacerlo en su momento. He cambiado los nombres de los interlocutores que confiaron en mí, al igual que las circunstancias personales que permitirían identificarlos, pero todos ellos son verdaderos y sus historias, también.

La estructura básica de esta obra consiste en dos bloques que aspiran a ser simétricos; uno de ellos está dedicado a Crimea y el otro al Donbás. Cada bloque consta de una serie de apuntes fechados, cuyo origen son mis diarios de viaje, y de otra serie de apuntes temáticos en forma de pinceladas de color, comentarios, ideas o perfiles de distinto formato. Para ayudar a contextualizar los acontecimientos vividos he recurrido a algunos apoyos históricos, que están visualmente diferenciados del resto del texto. Completan el conjunto varios relatos autónomos que están intercalados entre los bloques («Mariúpol», «No es su guerra», «Las vidas de Izolyatsia» y «La profesora de ucraniano»). La idea es posibilitar una lectura a varios niveles. No sé si lo he conseguido.

Mariúpol

A fines de octubre de 2019, se celebró en Mariúpol un foro económico internacional para convertir la mayor ciudad ucraniana ribereña del mar de Azov en una vitrina de bienestar y desarrollo que impresionara a los vecinos de las autodenominadas «repúblicas populares» de Donetsk y Lugansk.¹

Aquel otoño, la población de la localidad era de 460.000 habitantes, a los que había que sumar las decenas de miles de desplazados procedentes de los territorios no controlados por Kiev. Según datos del ayuntamiento local, cada año, desde 2014, llegaban a la ciudad entre 30.000 y 60.000 personas, parte de las cuales se quedaban aquí mientras otra seguía camino hacia destinos más lejanos.

La línea de frente estaba a menos de treinta kilómetros del centro urbano y en algunos barrios aún podían oírse tiroteos esporádicos. Pese a la amenaza constante que se cernía sobre ella, Mariúpol no quería vivir pendiente de la guerra, que tantos sobresaltos le había ocasionado a partir de 2014, y se orientaba con vitalidad hacia el futuro.

La primavera de 2014 fue un agitado periodo para Mariúpol, donde, al igual que en otras localidades sudorientales de Ucrania, los secesionistas asaltaban los edificios públicos más emblemáticos, sustituían las banderas ucranianas por las suyas propias, saqueaban los arsenales de las fuerzas del orden y nombraban «alcaldes populares» para consolidar estructuras paralelas de poder. Con letales episodios de ofensivas y contraofensivas, la pugna por Mariúpol duró casi tres meses, del 16 de abril al 13 de junio.

1. Aquel evento se denominó «RE: THINK. Invest in Ukraine».

Tras su reconquista por Kiev, Mariúpol sustituyó a Donetsk como capital de la provincia del mismo nombre, desgarrada por la guerra. A fines de agosto, los separatistas, apoyados por Rusia, se lanzaron a la conquista de Mariúpol y tomaron la localidad de Novoazovsk el 25 de agosto. Tres días después, el Consejo de Seguridad de la ONU celebró una sesión en la que Estados Unidos y Reino Unido acusaron con «pruebas abrumadoras» a Moscú de haber mandado a los insurgentes tropas y equipos para el ataque.

Pese a la evidencia, Rusia negó estar implicada en la ofensiva. Los rebeldes se hicieron con la localidad de Shiróokino el 7 de septiembre, pero no entraron en Mariúpol. La ciudad se había salvado, pero a partir de entonces estuvo en la línea de frente, en el punto de mira de los rebeldes ansiosos de conquistar uno de los dos principales puertos ucranianos del Azov (el otro es Berdiansk). La oportunidad de los insurgentes llegó en 2022, con la invasión rusa. Mariúpol estuvo cercada entre el 24 de febrero y el 20 de mayo de 2022, cuando se rindieron los últimos resistentes en la acería de Azov (Azovstal).

Mariúpol no quería pensar en el pasado. Sus dirigentes esperaban ayuda de los inversores occidentales y de las instituciones financieras internacionales. El foro económico reflejaba el optimismo del presidente Volodímir Zelenski y era el primero en su género en el este de Ucrania. A él asistían el jefe del Gobierno y varios ministros, altos ejecutivos de empresas y bancos internacionales, funcionarios de la Unión Europea y de la ONU, y diplomáticos extranjeros.

Si de verdad quería inversiones, Zelenski debía conseguir que el público olvidara dos palabras: «corrupción» y «guerra».

En la mañana del 29 de octubre, una comitiva de vehículos oficiales procedentes de Zaporíyia se paró junto a un arco metálico que, en plena carretera, marcaba las lindes entre esa provincia y la de Donetsk. El cortejo se dirigía a Mariúpol.

Un pasajero enfundado en un elegante traje gris se apeó de uno de los coches. Era el presidente de Ucrania, quien dio por inaugurada la nueva carretera de Zaporíyia a Mariúpol. Aquella no era una formalidad cualquiera ni una calzada cualquiera, sino un hito en la «Gran Construcción», el programa estrella del presidente

para crear una red de comunicaciones logísticas y económicas, y también simbólicas y culturales, entre las tierras de Ucrania.

La carretera que Zelenski acababa de inaugurar tenía doscientos kilómetros de longitud y, de ellos, 170 habían sido construidos por la nueva Administración ucraniana en un tiempo récord inferior a tres meses.

Los habitantes de Mariúpol esperaban mucho de la nueva vía, pues el aeropuerto local, cerrado hacía cinco años por razones de seguridad, seguía sin funcionar por su proximidad a las zonas de combate, a diferencia de otros tres aeródromos ya reabiertos (Zaporiyia, Járkov y Dnipró). El alcalde de Mariúpol, Vadim Boychenko, aseguraba que solo se necesitaba una «pequeña inversión» para ponerlo en funcionamiento.

Recién restaurado, el Teatro Dramático dominaba la perspectiva del centro de la ciudad. Junto al edificio, un grupo de manifestantes esperaba al presidente. Enarbolaban pancartas con reivindicaciones ecológicas y se quejaban de la contaminación del aire provocada por Azovstal e Ilich, las dos acerías locales, con plantillas de 11.000 y 17.000 trabajadores respectivamente. Los dos gigantes industriales de Mariúpol eran parte del consorcio Metinvest, perteneciente al oligarca Rinat Ajmétov.

El foro económico se celebraba bajo una amplia carpa desplegada junto al Teatro Dramático, un elegante edificio en estilo neoclásico soviético construido en 1960 para satisfacer el gusto por las artes escénicas de una culta y multicultural ciudad portuaria. Mariúpol debe su nombre a los griegos que llegaron desde Crimea a partir de 1778, cuando Catalina II reasentó a la población cristiana de la península recién conquistada para el Imperio. Los griegos imprimieron carácter a la ciudad, donde en 2001 quedaban 21.923 personas de esa comunidad (el 4,3% de la población), que en vísperas de la Segunda Guerra suponía un 11% de sus habitantes.

En el interior de la gran carpa, los camareros, que llevaban crujiertes *croissants* y espumosos cafés, iban y venían entre los ejecutivos reunidos para escuchar al dinámico presidente de Ucrania. «Mariúpol será el comienzo del nuevo Donbás», afirmaba Zelenski ante aquel público internacional que incluía una delegación de la

Unión Europea acompañada de un grupo de periodistas, entre los que me encontraba.

Mariúpol era atractiva por su clima, su posición geográfica, su potencial agrícola e industrial y por sus cualificados especialistas. «El foro supone el comienzo de una nueva fase de inversión en nuestra historia», sentenció el presidente.

En la ciudad se inauguraban aquel día varios proyectos de desarrollo financiados por la UE y sus Estados miembros. Bruselas expresaba así su solidaridad con la reforma en Ucrania. Europa quería ayudar a Mariúpol y le ofrecía sus tecnologías para abastecerla de agua potable de calidad y otras posibilidades de desarrollo. Aprovechando la visita del presidente, se inauguraba allí el primer centro para impulsar empresas *start-up* del este de Ucrania. Se llamaba «1991 Mariúpol» y se había instalado en la renovada biblioteca municipal.

En aquel clima de expectativas era difícil imaginar que, menos de tres años más tarde, Mariúpol sería destruida con saña por las tropas invasoras rusas, y que, en lugar de «agua potable de calidad», los supervivientes del asedio, sin agua, sin gas y sin electricidad, harían cola para recibir ayuda humanitaria después de meses de bombardeos.

Aquel foro económico quería transmitir un mensaje optimista, pese a que Mariúpol estaba prácticamente encapsulada en un territorio hostil. Los secesionistas, ayudados por Rusia, acechaban desde el norte y el este; Rusia, además, obstaculizaba el tráfico naval por el mar de Azov. Desde la anexión de Crimea, Moscú actuaba como reina y señora del estrecho de Kerch, que había compartido fraternalmente con Ucrania en el pasado.

A veintisiete kilómetros de Mariúpol estaba el puesto de control de Gnutovo, por el que en octubre de 2019 pasaban diariamente 4.500 personas y 2.000 automóviles, según contaba el oficial responsable en una visita sobre el terreno. A la zona controlada por Kiev, los ciudadanos acudían principalmente a cobrar sus pensiones ucranianas y a obtener dinero en efectivo, ya que en el territorio rebelde los cajeros automáticos no funcionaban.

La línea de separación entre ambas zonas era una franja que, en algunos puntos, llegaba a estrecharse hasta medir únicamen-

te 2,5 kilómetros. En el lado controlado por Ucrania estaba Gnutovo, y en el lado controlado por los secesionistas, Novoazovsk. De norte a sur la línea de frente entre las «repúblicas populares» y Ucrania tenía casi quinientos kilómetros de longitud, donde el alto el fuego era precario, pese a los esfuerzos de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) por consolidar zonas seguras en ella. Bajo la égida de la OSCE, un contingente de observadores internacionales registraba las transgresiones de los acuerdos alcanzados en 2015 en Minsk.

Mariúpol era acogedora y vibrante, y en ella prosperaban las iniciativas culturales y sociales. Entre sus numerosas organizaciones no gubernamentales había un creativo sector *underground*. El Halabuda Coworking Space, fundado en 2014 por desplazados de Donetsk, estaba entre las instituciones de éxito con las que la Unión Europea colaboraba.

Halabuda, un nombre que podría ser traducido como La Choza o La Barraca, era un espacio abierto a todo tipo de actividades sociales y culturales. Allí intervenían los escritores e intelectuales que visitaban la ciudad, y se debatían los temas de interés y los problemas de la comunidad, incluidos los de los estudiantes residentes en las zonas rebeldes, que eran retenidos por las autoridades secesionistas para evitar que se matricularan en las universidades controladas por Ucrania. En Halabuda, quienes habían perdido su hogar podían sentirse como en su casa, como en su «barraca» o en su «choza».

Desde el punto de vista cultural, Mariúpol era un entorno de libertad, pero desde el punto de vista económico, era una prisionera de Rusia. El tráfico marítimo languidecía. A bordo de una patrullera de vigilancia fronteriza, dimos un paseo de reconocimiento por las aguas costeras del Azov. Desde la cubierta del *Capitan Chúsov* contemplamos una bella puesta de sol otoñal y nos sumergimos en la melancolía. Aquel mar, ahora tan dormido, fue en el pasado el escenario de un intenso tráfico naval.

Los problemas del puerto de Mariúpol eran también los del vecino puerto de Berdiansk. Las largas esperas impuestas por Rusia para atravesar el estrecho de Kerch aumentaban los riesgos y los costes a las navieras, aseguradoras y contratistas que transportaban

metal, carbón y los productos industriales del Donbás. Los puertos agonizaban y no podían mantener las plantillas de miles de empleados que tuvieron en otros tiempos.

En el foro, Zelenski, inagotable y secundado por sus ministros, gritaba como un vendedor callejero: «No pierdan la oportunidad de invertir en Ucrania». En la antesala, bajo la carpa, se apilaban los folletos para atraer inversores. En ellos, destacados sobre un mapa, se indicaban los proyectos ofertados por la administración regional de Donetsk. En su inmensa mayoría, aquellas propuestas de inversión estaban situadas en las proximidades de la línea de separación o, para ser más exactos, en la misma línea de frente, en lugares como Volnovaja, Mariinka, Yasinuvata, Mironivski, Bajmut, Soledar o Siversk.

¡Aquellos ucranianos eran verdaderamente optimistas! Sus propuestas eran de lo más variado. Bajmut solicitaba quince millones de dólares para construir invernaderos para el cultivo de hortalizas, frutas y bayas; Toretsk quería veintisiete millones para otro invernadero especializado en tomates; Novogrodivka pedía 3,2 millones para fabricar conservas con pescado del Azov; Pokrovsk esperaba inversiones para transformar su deteriorado cine Mir en un «cine moderno y un centro cultural», y Limán a su vez quería 2,2 millones para la instalación de un parque acuático. Mariúpol aspiraba a una planta de procesamiento de pescado y apostaba por la energía solar.

Aquellos folletos que presentaban la región de Donetsk a los inversores eran una verdadera filigrana creativa, ya que trataban de ser honestos y atractivos a la vez. Leerlos era como moverse en un espacio resquebrajado. Entre gráficos y fotos, los textos hacían equilibrios como si saltaran entre minas, se referían a lugares turísticos magníficos (que ya habían dejado de serlo), a potentes empresas (que ya estaban en decadencia), al aeropuerto donde «los vuelos civiles están temporalmente cancelados» y a la ruta norte-sur de la provincia, donde camiones y trenes tenían que «desviarse» para evitar «los territorios ocupados». Todos estos obstáculos eran mencionados de paso, como si nada pudiera alterar aquel viaje al futuro emprendido ya por Mariúpol.

Con los colegas ironizamos sobre aquellos folletos que normalizaban una realidad volátil. Nos parecieron descabellados y nos

hicieron reír. Hoy siento vergüenza, porque lo que verdaderamente pedían aquellos ingenuos y entrañables proyectos sobre la línea de frente no era dinero, sino confianza en el porvenir. Eso es lo que no comprendí entonces.

La ciudad que recorrimos en 2019 no existe ya.

Tras el 24 de febrero de 2022, Mariúpol fue arrasada por las tropas rusas y sus aliados separatistas. Los invasores se ensañaron con la población civil. Mariúpol fue destruida en un 90%.

Víctima de los bombardeos fue el Teatro Dramático, que había servido de refugio a quienes permanecieron en la ciudad y sufrieron el asedio. Durante semanas, los civiles acosados se hacinaron en los sótanos, las salas y los vestíbulos del teatro, con capacidad para ochocientos espectadores. El 16 de marzo Rusia lanzó un furibundo ataque de artillería sobre el edificio, aunque en el pavimento de la plaza frente a él se había escrito la palabra *Deti* («niños» en ruso) en letras gigantes para que pudiera verse desde el aire.

El techo del teatro, que había sido el símbolo de Mariúpol, se desplomó y convirtió el patio de butacas en una tumba colectiva. Perecieron centenares de personas, aunque las estimaciones varían. En mayo de 2022, la agencia AP calculó en seiscientos el número de muertos.

Más de 100.000 habitantes abandonaron la ciudad llena de cadáveres. Imagino que muchos utilizaron la carretera que el presidente Zelenski había inaugurado en una mañana de otoño del primer año de su mandato. «Hasta el hormigón huele a guerra», había escrito el poeta y músico Sviatoslav Vakarchuk en unos versos dedicados a Mariúpol, la Ciudad de María.

Después, Rusia se presentó como la salvadora de aquellos a quienes antes había agredido fieramente. Protegidas por el Ejército ruso, llegaron a Mariúpol las organizaciones humanitarias del invasor. Como turistas necrófilos, sus representantes se fotografiaron ante Azovstal, la acería donde los combatientes ucranianos resistieron hasta el final. Excitados por encontrarse en un lugar tan simbólico, los rusos mandaban mensajes de WhatsApp a sus conocidos. «Estoy en Mariúpol», «He visto Azovstal».

Emocionados y satisfechos, los «benefactores» repartían agua, pañales y latas de conservas a los niños locales que, agradecidos,

mostraban los regalos a los periodistas y se dejaban fotografiar por sus autocomplacientes agresores.

En septiembre de 2022, el Kremlin patrocinó un concierto al aire libre frente a las ruinas del Teatro Dramático. El día 10 de aquel mes, unos uniformados tocados con gorros marcados con una «Z» (la letra que Rusia convirtió en el símbolo triunfante de su agresión a Ucrania) vigilaban la plaza del teatro. Algo más apartado, había otro cordón de vigilancia formado por soldados.

El concierto se titulaba «En nombre de la vida» y oficialmente estaba dedicado al 79 aniversario de la liberación de Mariúpol de los nazis alemanes. A distancia y por la espalda, las cámaras de televisión rusas enfocaban al público, que no llegaba a llenar la plaza convertida en patio de butacas.

La orquesta tomó posiciones frente a las ruinas del edificio, ante una acribillada fachada. En el renegrido frontón que la remataba resistían las estatuas alegóricas de los oficios clásicos de la villa. Un minero, un obrero metalúrgico y una campesina con una gavilla de trigo en las manos formaban el grupo escultórico central, que estaba flanqueado por seis musas portadoras de instrumentos musicales. El minero, el metalúrgico, la campesina y las musas estaban intactos, aunque tiznados por el humo; habían «sobrevivido» al bombardeo por estar debajo de la única sección del tejado que no se desplomó.

El concierto de Mariúpol fue un macabro remedo del que el maestro Valeri Guérguiyev dirigió el 5 de mayo de 2016 en el anfiteatro de Palmira, donde la orquesta del teatro Mariinski de San Petersburgo tocó para celebrar la victoria de las tropas sirias y rusas sobre el Estado Islámico. Desde una gigantesca pantalla, Putin, que a la sazón se encontraba en la localidad de Sochi, en la costa del mar Negro, arremetió contra el terrorismo internacional. Entre el público estaban el ministro de Cultura de Rusia, Vladímir Medinski; el director del museo del Hermitage, Mijaíl Piotrovski; un grupo de corresponsales occidentales especialmente invitados y, sobre todo, muchos soldados.

En Mariúpol, más de tres años después, Promsviazbank, el principal banco del sector militar-industrial ruso, patrocinó el evento en el que la orquesta de la Sección de Intendencia de la Administración

Presidencial de Rusia puso la música. En lugar de un mensaje del líder ruso, un actor se encargó de leer unos versos del «poeta» Konstantín Frolov. No era un poema cualquiera, sino la versión literaria de un mensaje clave del dictador, que en castellano quedaría más o menos así: «Si de repente un loco da la orden de transformar en ceniza el fruto vivo / en las ruinas de antiguas plazas y calles, / mil cohetes volarán a la vez. / El cielo se cubrirá con un velo sombrío / y la luz blanca se desvanecerá en el horror, arrastrada por una ola monstruosa. / No te escondas detrás de un muro de piedra. / No te refugies en un escondrijo subterráneo. / Sí, moriremos. Pero todo el globo terrestre / se convertirá al instante en cenizas. / Y nosotros, vestidos con nuestros uniformes de gala, / le haremos una última pregunta al Mesías: / Di, ¿para qué necesitamos este mundo, / si en él no hay lugar para Rusia?». ²

Tras el apocalíptico mensaje, la orquesta de la Sección de Intendencia de la Administración Presidencial de Rusia acometió la cuarta sinfonía de Piotr Chaikovski.

«En el Mariúpol ruso sonará música rusa», sentenció solemne el jefe de los separatistas de Donetsk, Denís Pushilin, que ahora disponía también sobre el destino de Mariúpol. Música rusa y solo rusa, a diferencia de Palmira, donde habían sonado también melodías de Johann Sebastian Bach.

Los rusos habían llevado la muerte a Mariúpol y ahora, a modo de «bálsamo», le llevaban la música, además de latas de conservas, gachas, agua y pañales para los bebés. Por la Pascua, los rusos mandaron incluso un cargamento de huevos duros, bendecidos por los jerarcas de la Iglesia Ortodoxa del patriarcado de Moscú.

Y por si fuera poco, el Gobierno ruso proyectaba a su manera la «resurrección» de Mariúpol. Bajo la égida del Ministerio de Obras Públicas, un instituto de planificación urbana de Moscú elaboró un *master plan* para reconstruirla. La publicación cultural rusa *The*

2. El 18 de octubre de 2018, en un foro internacional, Putin, refiriéndose al uso de armas nucleares, afirmó que «el agresor debe saber que la venganza es inevitable, que será destruido y nosotros seremos las víctimas de la agresión, y, como mártires, iremos al paraíso y ellos simplemente la disfrutarán porque no les dará tiempo a arrepentirse».

Village, en su página de web, difundió el folleto descriptivo, según el cual la ciudad pasaría de tener 212.000 habitantes en 2022 a 450.000 en 2035, es decir, si las estimaciones se cumplieran, tardaría más de trece años en recuperar la población anterior a los bombardeos rusos. Pero para entonces Mariúpol, centro industrial y portuario, sería una ciudad verde con carriles bici y un Teatro Dramático Ruso, en lugar del Teatro Dramático destruido.³

Con el águila bicéfala rusa en la portada, el folleto que anunciaba la reconstrucción se asemejaba a los que se editan para las promociones inmobiliarias. Al hojearlo, recordé aquel otro folleto que en el otoño de 2019, en un foro económico de Mariúpol, buscaba inversiones para reanimar la economía en las tierras del frente, y pensé que precisamente allí, donde los ucranianos habían afirmado la vida, los rusos celebraban la muerte.

3. Puede consultarse en: <https://www.the-village.ru/all-village/rassledovanie/master-plan-Mariupolya> (Concepto del *master plan* del desarrollo de Mariúpol).